



GONZALO ROJAS

GABRIELA

*No siempre el ensayo es un ensayo  
sino una ventolera que no se deja escribir.*

DE LA ANIMALA SOLA

¡Si sabremos Gabriela y yo de la maleza venenosa del chismerío y del rencor! Le dijeron de todo: mediocre, impostora, retardataria, decimonónica. Desde las infancias debió soportar la suficiencia y la mala fe. Borges le dijo no, Huidobro le dijo no, de Rokha casi no, ¿quién no le dijo no entre los letrados de la pedagogería del Mapocho y los vanguardistas vanguarderos del 38 que la negaron y la renegaron? Pero yo le digo sí, siempre le dije sí. Me cautivó desde los quince años ese tono tan suyo: rigor y desenfado, manejo abrupto del lenguaje que a lo mejor aprendió en el piedrerío de sus cerros, freno y desenfreno; las grandes sílabas del viento me cautivaron, esa especie de asma, la espontaneidad inmediata, y hasta el mal gusto del gran léxico Elqui arriba.

DE LA VISIONARIA

De niño no la supe oír en su palabra desollada, por la vocinglería acaso, tan opuesta al natural de su sencillez, y esa reverencia didáctica exterior. Cualquiera hablaba de ella en esas

aulas húmedas de los viejos liceos chilenos. Cualquiera la declamaba y la vaciaba. ¡Pobre Gabriela! ¡Lo que fueron para ella esos horrorosos libros de tapa dura, de Guzmán Maturana, irrisoria contribución al aura no tanto de su prestigio como de su descrédito entre los muchachos ásperos y limpios de corazón, como yo mismo; mamotretos de la pedagogería donde de veras no leímos sino que tuvimos-que-leer aquellos «Piececitos» a la fuerza, esas «Caperucitas» de las que Dios nos libre! ¡Y la declamación de los lunes de la Mistral, qué horror! Me cerré, literalmente me cerré, como sin duda les ocurrió a tantos otros. Pero ya al clarear la adolescencia —quince, dieciséis—, cuando por la oreja izquierda me entraba lo áureo de la clasicidad mientras por la derecha la modernidad irreverente de Apollinaire para acá, se me dio la gran síntesis en la punta de mi cabeza de muchacho. Cayó de golpe en mis manos por azar *Selva lírica* (1917), la antología cruel y antimodernista de Julio Molina Núñez y Osvaldo Segura Castro. Una de las figuras máximas allí era la Mistral y entré en sus grandes textos desgarrados. Estrecho de entenderas, paré la oreja en las disonancias y en la fiereza verbal más que en la melodía. Versos como: «el hierro que taladra tiene un gustoso frío / cuando abre, cual gavillas las carnes amorosas. / Y la Cruz (Tú te acuerdas, ¡oh Rey de los judíos!) / se lleva con blandura, como un gajo de rosas», me zumbaban con un zumbido especial, tenso y desmesurado. Aún recuerdo lo cortante y finísimo de líneas como aquella de «La maestra rural»: «... largamente abrevaba sus tigres el dolor», —unos tigres por cierto que nada tienen que ver con los tigres de Borges—; u otros acordes entrañables como «Cien veces la miraste, ninguna vez la viste». Pero nada acaso como el desparpajo de sus blasfemias, a lo Isaías. Voy hablando de *Desolación*, como se ve. Intensidad y patetismo, todo lo que quieran; desmesura, mal gusto. Pero una cosa sí: veracidad de sentimiento, desgarrón afectivo casi quevediano. Y no es que por esos días yo fuera un consentidor, un complaciente: muy por el

contrario. Estaba de acuerdo con el Neruda de *Caballo verde* y su sentencia: «Quien huye del mal gusto, caerá en el hielo». Me conocía, ya entonces, con relativa información el arco mayor de la lírica hispana del Renacimiento y del Barroco: «Mi Manrique (personal), mi Góngora, mi Quevedo», como está escrito en la pauta nerudiana, aunque él no incluía a «mi Juan de Yepes». Hasta el posmodernismo me lo conocía ya: Egueren, Herrera y Reissig, López Velarde, incluso; ¡sin olvidar al mejor Rubén Darío que me mostró en *Los raros* (1896) a mi primer Lautréamont! Por eso mismo pude registrarla en su prodigio barroco y desigual, más allá de las dulzainas de un Nervo cursi en exceso (¿qué pudo fascinarla en él, salvo el culto del ocultismo y del esoterismo?); y más allá también de las piruetas precursoras de la vanguardia. No incluyo en esto último por cierto lo que ella misma llamó «la reforma poética de anchas consecuencias» de Vicente Huidobro, el inventor del creacionismo. Pero no fue solo la «veracidad» alabada por Keyserling, y opuesta a la otra cuerda suramericana de la «delicadeza» lo que dinamizara o tonificara en mí esta primera adhesión a la Mistral, sino otro estímulo: el riesgo de una plasmación verbal siempre al filo del estallido y esa suerte de pedregosidad en la expresión, tan ajena a la proporción áurea de Valéry cuyos textos «La joven Parca» y «El cementerio marino» ya me había leído igualmente fascinado; lo que ahora me prueba que siempre funcionó en mi adolescencia la imantación y el reclamo de los dos polos: el volcán y el sosiego. Volvamos, pues, a la «visionaria» para insistir en que tal desborde impuro obedecía acaso a un insistente NO a las acechanzas del encantamiento verbalizante del modernismo, o del post. Veracidad, austeridad al fondo del gran *pathos*, eso me conmovía: «concupiscencia como espesa lava», aunque el adjetivo no pareciera muy feliz al crítico del lugar Raúl Silva Castro. Lo volcánico, y hasta lo frenético, pero a la vez el rigor. Por eso me dolía tanto que unos cuantos necios la compararan sin más con algunos versificadores pomposos y livianos.

Pero mi mocedad me exigía otras búsquedas más estrictas y temerarias y no transaba por entero con esa poética anterior a *Tala*. Más bien me quedaba con la prosa de sus «Recados» que iban apareciendo en periódicos o en revistas de nuestra América y que yo leía con avidez. Mi diálogo con ella entonces, en ese primerísimo plazo mío larvario, fue más bien pobre; y más bien —¿por qué no decirlo?— desdeñoso. Su ritmo abrupto y delicado no entró en mi respiro ni en mi memoria de loco. Pudo influir la exclusión que de su obra hicieran los dos jóvenes antólogos —jóvenes, ay, entonces— Volodia Teitelboim y Eduardo Anguita en aquella *Antología de la poesía chilena nueva*, en 1935.

Recuerdo que, pese a mis limitaciones de muchacho, me indignó esa acusación que hicieron de ella en cuanto a vieja y retardataria. Como si desde ese enfoque equívoco alcanzara a ver a mis dieciocho años lo que le ocurriría a mi propio primer libro *La miseria del hombre*, en 1948. Porque justo cuando ese año 1948 Gabriela en persona celebraba *La miseria del hombre* en la edición más fea que se haya visto, los disparos llovieron sobre mí: del Este y del Oeste, y esa *Rezeption Geschichte* de mi primera salida de don Quijote fue para la risa: Teófilo Cid me acusó de expresionista *demodé*, sin saber lo que era el expresionismo; Alone de «catastrófico», un señor Rossel de «hijo de Campoamor», Ricardo Latcham de «morbo nuevo», Silva Castro —el mismo detractor de la Mistral— de libertino y exhibicionista de mis vísceras, el profesor Elliott de vehemente y vociferante. ¿Qué será de esos críticos sagaces? ¿Dónde habrán anclado por fin? ¿En cuál de los cementerios? Me gustaría invitarlos a un buen trago. Total, no estaban tan equivocados.

Concentrémonos otra vez en lo nuestro. Por ahí anda todavía, si es que anda; o estará durmiendo polvoriento en algún anaquel de biblioteca de provincia, un artículo mío publicado en 1936 en la *Revista Letras*, del Liceo de Hombres

de Concepción de Chile, con el nombre de «Los 30 años de Pablo Neruda», a propósito de la publicación de los dos volúmenes de *Residencia en la tierra* el año anterior, impresos por Cruz y Raya de Madrid. Allí sostuve el parentesco de las materias nerudianas y las materias mistralianas precursoras que venían apareciendo desde 1926 en textos en prosa; antes de los poemas cosmogónicos que después vieron la luz en la primera zona de *Tala*, de 1938, con el designio genérico de «Materias».

Reitero lo dicho: me gustaba la Mistral en sus claves mayores de *Tala* y de *Lagar* que, habiendo vivido en el plazo de las vanguardias, no se encandiló con las vanguardias sino más bien se quedó oyendo sin prisa la lengua oral de sus paisanos de América con arcaísmos y murmullos, como Teresa de Ávila, y así nos dijo el mundo entre adivina y desdeñosa. Mis compañeros del 38 se burlaban y, sin leerla, le decían vieja novecentista y retardataria; pese a que ese mismo año se estaba publicando en Buenos Aires *Tala*, una obra maestra. Hasta hoy hay letrados incapaces de entrar en la trama viva e imaginaria, que insisten en proscribirla y hasta negarla. Y es que no quieren distinguir en nuestra fundadora el oficio lateral de enseñar del oficio mayor de escribir y de apostarle la palabra al mundo. Como yo todavía sigo enseñando y conozco el remo del galeote, siempre supe establecer el deslinde. Alguna vez en mis años mozos coincidí con la experiencia de silabear el mundo con los niños de nuestra América oscura y enseñé a leer a los míos lo mismo que Sarmiento y que Vallejo, lo mismo que la Mistral, en el momento justo en que lo dejé todo por hartazgo. Hartazgo de un Santiago-capital-de-no-sé-qué; de un surrealismo libresco, de una facultad de letras irrisoria en esos días para mí; del ruido y de la furia. Hartazgo en fin de la publicidad vergonzosa.

Me dieron ese trabajo en la Sierra de Domeyko y allí fundé mi dinastía en la ventolera de esas nieves. Por ahí o más

abajo pudo haber entrado en 1535 Diego de Almagro, el primer hombre blanco, a nuestro Chile. En alguna medida lo aposté todo como él y lo perdí.

Los cicateros de Mandrágora me fueron a acusar ante Huidobro, ¿saben ustedes de qué? De tráfuga de la poesía y buscador de tesoros en esos cerros. «Déjenlo —les dijo riendo—, Gonzalo es un loco que necesita cumbre».

Perdón por el desvío hacia la órbita personal pero la naturaleza misma del testimonio me lo exige. Cuando bajé de aquellos cerros no lo hice cantando como un converso más, sino como un poeta enriquecido por los tres estadios leídos en Zaratustra: el del camello, el del león y el del niño. Sigo inconcluso, como entonces y me sigo haciendo entre mí mora y mi demora. Solo que tal vez con mis noventa años en el seso, estoy viviendo un reverdecimiento en el mejor sentido, una reniñez, una espontaneidad que casi no me explico.

En 1948, sobre septiembre, llegó a mi casa del Cerro Alegre de Valparaíso esta carta de reconocimiento con su destello caligráfico: «Caro Gonzalo Rojas», ese «caro» tan suyo. Transido de su humor leo este solo párrafo por su sabor y lozanía: «Si no me le quedo en el camino, yo cumpliré con usted. Aunque diario ya no tengo allá. Me echaron sin palabra de *El Mercurio*. No publicaban mis textos».

### SOY MISTRALIANO, ¿Y QUÉ?

Alguna vez he dicho con desenfado: «Soy mistraliano, ¿y qué?». Y no lo hice por mero desafío. No es que a la vez no me sienta rokhiano y huidobriano en esto de la dialéctica de las influencias, pero ella se me ofrece con singular afinidad, desde el arcaísmo al murmullo, y de lo secreto al piedrerío.

Algo que aprecio mucho en esta adivina es ese coloquialismo tan suyo, que nunca llega al facilismo retórico y ramplón

de las modas que envejecen; ese coloquialismo abrupto y fresco que nos trae la gracia oral de los paisanos de su Chile y de su América.

Otra estrella mayor en el firmamento del 38 es de Rokha, nuestro *padre violento*, quien puso la revista *Multitud* al servicio de los jóvenes. Me leí en 1933 *Los gemidos*, a diez años de publicado —1922 es la fecha exacta, como se sabe, año de *Trilce*— y esa lectura áspera me llevó a los *Cantos de Maldoror* que ya Darío me había descubierto en *Los raros*. Todo eso hacia los quince. Después seguí entrando en su visión tremenda celebrada por el Neruda adolescente en un artículo del 16 de diciembre de 1922 aparecido en *Claridad*, órgano oficial de Federación de Estudiantes de Chile. Hace un año volvió a estremecerme con sus memorias desollantes. Podrán enterrarlo o desenterrarlo, pero ahí sigue intacto y los jóvenes de hoy lo han hecho más suyo aunque la crítica oficial persiste en su rechazo. Lo cierto es que su germinación no termina.

Personalmente creo que, desaforado y todo, e informe, fue el primer demoleedor del posmodernismo entre nosotros y el progenitor de esa ruralidad y esa elementalidad trascendida, con cierto enfoque primordial y cosmogónico, desde sus versos iconoclastas de 1915; o —por lo menos— el gran adelantado en cuanto a registrar el trauma primario de lo natural, visión compartida y afinada, como se sabe, por la Mistral en la sección «Materias» de su libro *Tala*, y por el joven Neruda de *Residencia* (1925-1935) en sus célebres «Tres cantos materiales». Desigual y ciertamente enfático, de Rokha no alcanzó la plasmación como Neruda, pero él es nuestra levadura primigenia y, pedregoso como fue, mantuvo su fidelidad a la piedra de Chile. Su temple anarco lo llevó a toda clase de infortunios y fue el marginado de los marginados, pero libros como *Epopeya de las comidas y las bebidas de Chile*, *Elegía del Macho Anciano*, *Heroísmo sin alegría*, *U*, *Escritura de Raimundo Contreras*, son libros necesari-

rios. Además, con décadas de anticipación, vaticinó la caída del Chile clásico y democrático en su libro *La república asesinada*. Me honro, pues, en nombrar aquí al más desconocido de nuestros «cosmonautas».

No se puede hablar de todo, y ya es demasiado; por eso me eximo esta vez de volver sobre las figuras necesarias de Huidobro y Neruda, invitados permanentes de todos los congresos, igual que Vallejo o Borges. Demás insistir en que los volcanes son ellos y cada uno de nosotros no pasa de aprendiz; algunos con mayor arrebató de innovación que otros, como para salvar distancias pero —por lo menos en Chile— no alcanzamos a las alturas visionarias.

Uno que llegó lejos sin haber escrito versos fue Matta, nacido el año 1911 entre el plazo de Neruda y el nuestro, y acaso sea el más joven. No hay portento imaginario como el suyo, ni más lozanía. Ni más humor, ni más vivacidad; pije y roto de Chile hasta el fundamento. No pienso en su pintura mágica sino en su luz de ver y de decir. Me basta el registro de sus *Conversaciones* publicadas en Santiago en 1987.

De los desaparecidos estoy con Lihn y entre los visibles con Hahn, dos poetas cuya lectura airea. Eso no quiere decir que no me deslumbre Eduardo Anguita y su *Venus en el pudridero*, aunque lo hayan omitido los antólogos, de México a Caracas, o de allí a Buenos Aires. Miseria de las modas y salvación de él. Ni quiere decir que el otro poeta nacido en 1914, Nicanor Parra, no merezca a sus 95 años el mayor reconocimiento. Lo merece. «Soliloquio del individuo» es una pieza inolvidable y también «El hombre imaginario» que consuena en el mecanismo expresivo con «El texto invisible» de Enrique Gómez-Correa. En su conocida propuesta de 1958 «Poetas de la claridad» Parra dice textualmente: «En las conversaciones de Los Guindos (se refiere a nuestros diálogos entre el año 1947 y el año 1950) Gonzalo me entregó las llaves de la poesía negra, pero yo aticé en él el



fuego de la poesía blanca». Es posible. En todo caso él y yo inauguramos otro ciclo en la poética y en la poesía de Chile. Naturalmente él hace su poesía como la hace él y yo como hago la mía. Alguna vez dije que los poetas son niños en crecimiento tenaz y eso también es cierto, siempre que la niñez empiece en Homero. Montaigne asegura —siguiendo en eso a Aristóteles— que Homero fue el primero y el último de los poetas. No sé. Desde luego un juicio así es el extremo de lo que afirma Harold Bloom en su tesis sobre la angustia de las influencias y la clave de la mala lectura de unos poetas sobre otros en el intento de esclarecer la genealogía de la imaginación. ¿Cómo leyó Rimbaud a su Baudelaire, «rey de los videntes» según le dijo? ¿Cómo hemos leído nosotros mismos a nuestro Darío, a nuestro Borges, a nuestro Vallejo? ¿Cómo nos leerán en los cuatro o cinco poemas que queden de nosotros si es que quedan? Difícil, todo difícil. Me permito cerrar con dos papeles exiguos, uno con mis «Saludos a Tzara», figura central de las vanguardias, quien me enseñó desde temprano aquello de que «en la escala de lo eterno todo es efímero: ¿para qué escribir?», y otro con mi «Ejercicio respiratorio» en el rehallazgo de Homero. Leo entonces sin mayor comentario:

#### SALUDOS A TZARA

Tarde vine a saber que lo que no es aire  
 en poesía, ni rotación y traslación, son míseros libros  
 oliscos a inmortalidad, pura impostura  
 con *vernissage* y todo en la farsa  
 del agusanamiento general, llenos de hojas,  
 donde no hay una en que leer las estrellas, una  
 encinta del mundo, una tablilla fresca  
 ligeramente órfica.

Y ahora el otro, siempre sobre el oficio de decir lo indecible, pero desde otra visión:

EJERCICIO RESPIRATORIO

Azar  
con balbuceo son las líneas de Ilión  
en las que está escrito el mundo, con  
balbuceo y tartamudeo y  
asfixia, el oleaje  
de las barcas exige ritmo, Homero  
vio a Dios.

GABRIELA Y EL ORITO

Por eso me gustaba la Mistral en sus claves mayores de *Tala* y de *Lagar*. Poetas o no poetas todos fuimos recibiendo de su mano el beso caligráfico que no esperamos nunca. Es que uno no sabe. Está aquí mismo uno en Nueva York oyendo hablar de ella como cuando era niño, y no sabe. ¿Por qué la vi esa vez desde ángulo tan lento en el zumbido del Caupolicán hace ya cuarenta años, o esa otra en Valparaíso, la plaza desbordante, siempre en el vocerío con su abeja secreta para mí?

Preferible eso. Al que conoció bien fue a don Jacinto, mi abuelo de Vicuña, maestro como ella de primaria, con el latido de los Rojas al fondo, donde hasta el río Limarí y el Elqui son parientes. Con ese, sí, habló en la dignidad del valle sobre el oficio. De pastores y de hortelanos, según irían apareciendo en el monólogo; de herreros tejedores en la gran patria pequeña, de músicos.

Copio larga esta cita de los recados justo por el remate, porque ahí anda mucho del misterio de eso que ella pluralizó con el designio insistente de sus «infancias» o sus «niñeces»; «estabilidad esencial liberada de la gran muer-

te», como pensó por su cuenta Roger Caillois. Por esta pauta numinosa anduvieron siempre sus exégetas más exigentes, a la siga de su apetencia de absoluto, de su «anhelo religioso de eternidad», según Onís, entendido eso religioso como un mirar o admirar el mundo para ver y más ver.

Por mi parte, me crié oyendo hablar de ella pero no como de una diosa sino por paisana de mi gente: los Pizarro Pizarro, los Rojas Villalón, unos Álvarez por ahí y unos de la Rivera que la trataron en Tongoy o en Tamaya, en Paihuano, en Limarí, o en Cogotí o en Zorrilla. O, más arriba en lo castizo de La Serena; gente mía que debió emigrar por la costa difícil desde Coquimbo a Arauco —recién entrado el siglo— a bordo del *Guayacán*, dejando aquellos huertos bíblicos por lo abierto y tormentoso del océano.

Así, casi simultáneamente, empezarán a bajar hacia el sur en los días del centenario las dos vetas de mi parentela en un trasbordo apresurado por mejorar de suerte con la manía ambulatoria de los chilenos. ¿Pero qué podrían con la lluvia y los ventarrones del golfo turbulento la transparencia cálida del sol por la otra patria pequeña, áspera y estallante de Baldomero Lillo?

Piques de Millaneco y de la Amalia, de la Fortuna y Bocalebu, solo yo me sé el horror de esos chiflones insanos con sus pulperías y sus fichas, el luto por el muerto, la viudez de mi madre, y ese invierno, ese invierno que no paraba nunca. Pero el carbón tenía que subir hasta la fundición cuprífera de Tamaya y el negocio era ese, José Pedro Urdaneta y compañía, de Coquimbo hasta Lebu, de Lebu hasta Coquimbo, leguas de agua; de aquí para allá, de allá para acá. Está escrito que la loca geografía no va con lo sedentario y exige recomenzar todo en el ejercicio nada idílico de unas marchas forzadas, como lo dijo ella en su *Chile y la piedra*. Cierto es que la clave primordial de sus visiones es la patria inmediata de la infancia como si en ella se suspendiera el tiempo: «Errante y todo, soy una tradicionalista

que sigue viviendo en el valle de Elqui de su infancia». Pero la cordillera viva que fue siempre Gabriela nos enseñó la piedra fundadora como nadie. Así se lo dijo una vez a Alfonso Reyes, el mexicano de la región más transparente. «Esto de haberse rozado en la infancia con las rocas es algo muy trascendental».

Así también —hallazgo y más hallazgo— viniera a entrar yo mismo en la materia *porfiada y ácida* de las piedras de 1942 sin más impulso que el tirón de mi pasión, harto ya del Santiago-capital-de-no-sé-qué, como le dije tantas veces.

